

Regionalismo e internacionalismo en la educación. Los derechos de ambos

*Por A. CARNEIRO LEAO,
de la Academia Brasileña de Letras de la Universidad del Brasil.
Traducción del portugués por el
licenciado Carlos H. Alba. Colaboración especial para la Revista
Mexicana de Sociología.*

Introducción

ACEPTADO el hecho de que el hombre sólo puede vivir en el medio social, de que su educación sólo se realiza en la sociedad, para la sociedad y por la sociedad, surge el problema de la comprensión del ambiente al cual o a los cuales aquél se vincula.

En las organizaciones políticas federativas el funcionamiento del Estado ya acostumbró al individuo a la idea y al hecho de pertenecer a dos y tres medios sociales diferentes en un orden concéntrico perfecto. Miembro de su población, ciudadano de su ciudad, de su Estado y de su país, el hombre siente la vinculación que lo une a los ámbitos culturales y sociales del Estado y de la Federación, y no extraña la suma de deberes debida a cada quien su función de *socius* consciente y activo de las cuatro sociedades con derechos y deberes diversos, correspondientes a todas ellas. Un esfuerzo de comprensión más y no le será difícil sentirse ligado a otro medio más grande y más universal: a la sociedad de las naciones.

Uno de los objetivos esenciales de la educación es conciliar la actitud del hombre en relación a su grupo inmediato y a los grupos más amplios,

nacionales e internacionales. Si no lo puede conseguir, poco habremos recorrido en el sentido del congraciamiento y de la paz.

Sin embargo, educar para el entendimiento y la comprensión entre los individuos y entre los pueblos, no es desconocer lo regional, sino al contrario, pues no hay que olvidar que el todo es la resultante plena y armoniosa de las partes. "Todo pueblo tiene leyes que le son propias, e impone a las leyes generales el matiz de su particularismo porque tiene necesidades que solamente él experimenta, y, acomodando el derecho extranjero a su organización de vida, le da color y forma particulares." Extraer, pues, el máximo de las peculiaridades regionales sin procurar imponerlas o llevarlas a prevalecer sobre la nacionalidad o sobre la universalidad, es obra de sabiduría. En vez de repelerse, lo regional y lo ecuménico, se alian y se complementan.

Área de cultura. Su significación e importancia

La educación como proceso social debe examinar, en primer lugar, el área de cultura.

Ante todo, fijemos el concepto, importancia y límites del área de cultura.

Entendemos por área de cultura la zona de un territorio o de un país con características específicas, representadas por las tradiciones, por las costumbres, por los hábitos, por el régimen de vida, por todos los elementos constitutivos de su manera de ser. Cultura no significa aquí la acumulación de nociones, el almacenamiento del saber, cuyo valor sería pequeño porque no implicaría alteración esencial del individuo ni del medio, sino un fenómeno de alcance mucho más amplio y mucho más profundo.

Desde el punto de vista psicológico, la cultura a que nos referimos es una especie de comportamiento total.¹ Aún así, bajo ese único aspecto, se nos presenta limitada. La cultura que nos importa es más amplia: antropológica, sociológica, resultante de la acción global del hombre: física, mental, moral y social. Es la suma de las actividades, es todo el equipo material y son todos los factores inmateriales del grupo. Abarca la vida del individuo en relación a sí mismo, en el pasado y en el presente, y en relación al grupo, actual y pretérito. Se caracteriza por el conjunto de tradiciones y prácticas morales, religión, usos, técnicas, literatura, arte, orga-

¹ Véase: Wissler (Karl). *An Introduction to Social Anthropology*, p. 342. Holt and Co. New York. 1929.

nización política y jurídica, en fin, todo cuanto constituye sus padrones de vida.

Son las relaciones íntimas entre el hombre, la tierra, las plantas, los animales, los otros hombres de la misma región, que dan vida y forma al área de cultura, haciéndola una y no otra.

Son aquellas que, por analogía con las plantas y con los animales, en lo tocante al medio —ecología vegetal y ecología animal— constituyen la ecología humana. Tales relaciones son elevadas, por la Escuela Sociológica de Chicago (aunque ahí con interpretación más estricta), a la categoría de ciencia, que empieza a llevar a los estudiosos de la sociología, por la observación y por la localización de los agregados humanos, a la orientación de las corrientes migratorias.

Así, para vivir en cualquier región, se vuelve indispensable un buen *comportamiento ecológico* de los individuos y de los grupos, tanto más fácil cuanto más naturales fueren sus relaciones con el clima, la vegetación, los animales.

Es universalmente conocida la acción de las grandes latitudes sobre los individuos que las habitan. Las modificaciones que la diferencia de presión atmosférica produce sobre los hombres, las adaptaciones que se requieren en el régimen de trabajo por la necesidad de condicionar las resistencias físicas y fisiológicas a la acción del clima y de las imposiciones fisiográficas, son hechos incontrovertibles.

Los climas fríos y los climas tropicales imponen marcadas exigencias, sin la satisfacción de las cuales la vida humana degenera y se decolora sin remisión. El problema de la alimentación, del vestido, de la habitación, del régimen de trabajo, importa grandemente para la buena expansión del grupo en los variados medios físicos de la tierra. Es verdad que la capacidad de acomodación del hombre se va volviendo prodigiosa, no hasta el punto de desconocer o descuidar la importancia del influjo del medio físico y del medio cultural en la adaptación y en el ajustamiento de los individuos y de los grupos. Para aconsejar o no la emigración de grupos humanos a ciertas regiones, es menester conocerlas en su *habitat* de origen,² conocer su cultura. ¿Serán el clima, las plantas, los animales de la región, favorables a las relaciones con los recién llegados?

Francia buscó, en cierta medida, practicar tal doctrina. Para su colonización en Africa, después de varios estudios, procuró enviar preferen-

2 Véase: Carneiro Leão (A). Fundamentos de Sociología, Cap. II. Río. 1904.

temente franceses de piel morena y ojos negros,³ hijos de zonas del país de diferenciación menos violenta en vegetación y fauna, con las regiones africanas.⁴ La reacción a la luz y al calor se hace mejor o peor conforme el pigmento, conforme la retina, y la acomodación al medio cultural se vuelve más fácil o más difícil, según que el mundo vegetal y animal difiera menos o más de los medios de origen.

El problema no es sólo de clima. Es de aclimatación por la alimentación, el vestido, la habitación, el régimen de trabajo, la acomodación de la cultura del inmigrante a la cultura del nuevo medio.⁵ Y no se diga de que la facilidad de comunicación, el entrelazamiento día a día mayor entre las naciones y los pueblos, la interacción internacional creciente, pueda o deba anular tales diferencias. Las exigencias y posibilidades de terreno y de clima, la imposición de tradiciones y de costumbres, los regímenes adecuados de trabajo y de vida, sufrirán, ciertamente, modificaciones más o menos importantes, según la intensidad de las fuerzas endógenas actuantes, pero nunca hasta la uniformidad universal. Además, la uniformidad, si es posible, sería el empobrecimiento de la civilización y la limitación de la cultura, plasmadas en un solo modelo, y, por tanto, por más alto que fuese, incapaz de satisfacer las aspiraciones de afirmación de las diversas comunidades humanas en su afán milenario por el progreso. Lo necesario es, en pocas palabras, aprovechar la cultura extranjera sin sofocar o matar la propia, sino al contrario, corrigiéndola, ampliándola, perfeccionándola, enriqueciéndola.

Débase, así, exigir, por un lado, el aprovechamiento inteligente del ambiente natural, y, por el otro, la adaptación del ser humano a su medio, el desenvolvimiento de su capacidad de fijación, de habilidad de exploración, con el consecuente despertar de una vida social variada y progresiva. Y ahí está la mayor y la mejor obra de la escuela y de las instituciones educativas colaterales. Ahí está la más eficiente tarea de la educación. Sobre todo, que esa preocupación regional no dispensa la internacional, sino al contrario, le lleva elementos propios enriquecedores del patrimonio general de la humanidad, volviéndose, de este modo, un factor incontestable

3 Martial René. *Traité de l'Inmigration et de la Greffe Interracial*. Librairie Larose. Imprimerie Federal. Belgique et l'Inmigration Continentale et Transcontinentale. Bailliére. París, 1935.

4 Véase: Gilberto Freire. *O Ecumenico e o Regional em Sociologia*. Versión taquigráfica de una clase en la Universidad do Distrito Federal. 1935.

5 Carneiro Leão (A). *Sociedad Rural . . . Parte 2a. Cap. IV. Ed. "A Noite"*. Rio. 1939.

de progreso y un elemento de comprensión y armonía entre lo regional y lo internacional.

El papel de la educación

No es posible educar abandonando los intereses de las áreas de cultura dentro de las cuales, para las cuales y por las cuales viven los educandos. Aquéllos son elementos componentes de su medio social, en cuyas venas circula la savia, la vida misma de la sociedad.

Pero si las áreas de cultura para sostenerse y prodigarse necesitan ser conocidas, respetadas, vigorizadas, reconstruyéndose siempre por la educación de las generaciones que se suceden, su renovación y su riqueza depende también de las relaciones mantenidas unas con otras, establecidas, alimentadas, desenvueltas en una inter-comunicación inteligente y continua.

Así como la educación de los individuos de un área de cultura, con el desprecio de las necesidades y de las sollicitaciones de esa área, es la descaracterización del agregado humano a ella correspondiente, así la disminución, la falsificación de los *socii* que se supone educar, su aislamiento, la preparación de sus hijos en círculos aislados, son deseducadoras. Es la *involución*⁶ fatal. No nos olvidemos todavía que construir —ciclos— observando el área de cultura, no significa combatir la acción de ambientes más ventilados y más amplios.

El área de cultura es una etapa forzada y siempre presente, y en cambio, nunca pretexto para el combate o el simple desconocimiento de los demás ambientes dentro de los cuales el hombre se forma y evoluciona.

La orientación nacional, condicionando las exigencias y peculiaridades regionales, atestigua, con evidencia, la conciliación posible y benéfica entre los objetivos de las áreas de cultura de los pequeños medios y las zonas más vastas de las nacionalidades. Como tales preocupaciones no son restrictivas de la mentalidad ni creadoras de rivalidades y de complejos, el fenómeno es utilísimo.

No necesitamos de grandes explicaciones ni de demoras si quisiéramos obtener una educación eficiente para comprender la urgencia de un conocimiento seguro de la situación y la falta de los diferentes ambientes culturales. De aquí la evidencia de la necesidad de establecer sistemas de educación, examinando, o por lo menos, no olvidando el medio físico ni el área cultural.

6 N. del T. Esta palabra portuguesa significa una serie de obstáculos.

Conviene hacer resaltar una vez más que el área de cultura, no obstante de participar del medio natural y del medio social, de resultar directamente de los dos, o mejor, de ser condicionada por ambos, no siempre se confunde con los medios geográficos y administrativos. Hay áreas de cultura que traspasan áreas administrativas o geográficas y áreas geográficas o administrativas que contienen más de un área de cultura.

¿Cuántas áreas de cultura participan de zonas de dos municipios limítrofes, de dos Estados vecinos y aun de dos países cuyas fronteras viven en perfecta comunión con hábitos, costumbres, tradiciones y aspiraciones análogas, si no idénticas?

Si no hubiera propaganda perturbadora, divisora, separadora de cada municipio, de cada Estado o de cada país, pugnando por la disociación, la tendencia ajustadora de los *socii*, sea cual fuere la parte en que vivan, se afirmará y realizará naturalmente. La acción social, como proceso educativo, se hará de modo espontáneo. Ciertamente que siempre hubo en la interacción constante de los pueblos, núcleos de irradiación de cultura que, por condiciones especiales y en un momento dado, influyeron en los usos y costumbres, en la literatura, en el arte, en los padrones morales de otras gentes. En todos los tiempos conocemos la influencia de estos focos de irradiación: Egipto, Grecia, Roma, París. . . Si se hicieron modelos, no para imitación servil sino para estímulo, si se volvieron fuentes de estudio, de información, de métodos de trabajo y de vida, su acción inestimable será propulsora de progreso social y humano. En vez de anular individualidades, las impulsarán, las conducirán.

Lo que necesitamos es huir de la imitación artificial y servil, inspirada en motivos políticos o en obsesiones intelectuales o morales, y originada por grupos dominantes de hombres de Estado o de letras, fanáticos o inescrupulosos. Tales hechos, perturbadores del progreso y de la vida de ciertos pueblos, son más o menos transitorios. En tanto que no dominen la masa, que no se sitúen en torno del pueblo, sus efectos se apagarán. No nos faltan ejemplos en la historia de las naciones modernas; es el caso, relativamente reciente, de los Estados alemanes huyendo de la acción latina en el siglo XVIII para entrar en el círculo francés, y su repulsión a tal influencia, a partir del fin de aquel siglo y del comienzo del siguiente, por la acción de Lessing, de Goethe, de Klopstock, y, sobre todo, después de la derrota de Jena, buscando recobrar la tradición helénica, o mejor, la espartana, y las fuentes germánicas de cultura. Aquí está una consecuencia del desenvolvimiento de la civilización en medios que seducen y absorben

en su ámbito a los otros ambientes. Ciertamente, no es posible escapar a tales influencias —y no parece deseable— sino con la condición de no abandonar las formas típicas de su propia cultura. Y fué, no hay que negarlo, el caso de Alemania en los albores del siglo pasado. No obstante la seducción de su *élite* por los salones de París, por la literatura, por el arte, por el idioma, por el pensamiento francés, lo íntimo de esos pueblos permaneció siempre germánico en sus tradiciones, costumbres, religión, conciencia moral, hábitos, usos, métodos de vida. Cuando la reacción política, inflamada por la palabra de Fichte, resumergía lo más distinguido de las universidades en las fuentes germánicas e iniciaba su concepción de la *deutschland uber alles*, encontraba la masa popular, el pueblo, donde lo había dejado, esto es, ligado a la tierra, perseverando en su cultura, fiel a sus tradiciones, al espíritu de sus mayores. El movimiento *afrancesante* fué artificial, no pasó de una capa diminuta del pueblo alemán, tal vez ni del diez por ciento de su juventud, de aquella que frecuentaba las academias y se preparaba a las carreras liberales o literarias. No sería posible de otro modo. Si la cultura francesa se sumergiese en la escuela técnico-profesional, en los establecimientos de enseñanza agrícola, en los cursos primarios, en la educación de la infancia y de la adolescencia en suma, entonces sí el problema del retorno a la germanidad hubiera sido difícil. Pero desde el momento en que las áreas de cultura no fueron olvidadas, que la formación de su gente se dirigió al contacto de la tierra y de los medios naturales del país, el trabajo se cifró a la pequeña *élite*. Desgraciadamente la vuelta a la germanidad traspasó los objetivos reales y se hizo un motivo de fanatismo y una causa de catástrofe. Una vez más el artificio erró el blanco traicionando las finalidades de la educación y el papel del área de cultura en las determinantes educacionales.

Otra prueba de la necesidad de atender, en la educación, a las necesidades regionales, es el ejemplo de Dinamarca. Este país escapa a la bancarrota económica y salva la unidad de la patria, y hasta tal vez la nacionalidad, haciendo a su educación embeberse en la tierra, sentir y vivir el espíritu nacional en sus ambientes rurales, fiel a sus áreas de cultura.

Nuevo testimonio del hecho lo encontramos en Polonia y en Checoslovaquia, las cuales, no obstante el repartimiento de sus Estados soberanos, mantuvieron sus tradiciones, sus costumbres, su lengua, o sea, sus áreas de cultura, vivas y alertas para, al final, por el milagro de esa fuerza, surgir independientes a la vida nacional.

Los casos citados bastarían para hacernos reír de los que pregonan la brasilidad, proclaman el advenimiento de un espíritu nacional, buscan

interesar nuestra inteligencia por las cosas brasileras, intensificar el nacionalismo con la adopción, en los cursos secundarios, del estudio del latín. Esa cultura, recomendable a un grupo ínfimo de vocaciones definidas para las letras, puede suministrar mayor sentido de belleza, dar posibilidades mayores a algunos espíritus para gozar los encantos de la literatura latina, emprender valiosos trabajos de filología portuguesa, pero nunca harán un mayor espíritu nacional, una conciencia más viva de nuestras necesidades y de nuestros destinos.

Aún sentimos la tremenda decepción de la Italia fascista, universalizando en todos los cursos y para todas las carreras, el estudio del latín, en el intento infantil de resucitar el Imperio Romano. Además, la política educacional del Brasil en el pasado, así en la Colonia como en el Imperio, al fundamentar su cultura en la lengua del distante Lacio, no lograba otra finalidad que identificar nuestra *élite* no con los objetivos nacionales, sino con los extranjeros y distantes. Despreocupados del ambiente natural, ajenos a las áreas de cultura en que vivían con sus esclavos, explotando sus tierras, con la preocupación más o menos exclusiva del provecho económico, para poder mejorar su cultura y la de los hijos en los modelos europeos, sobre todo franceses, en cuyos medios vivían espiritualmente, nuestros antepasados basaban su escuela secundaria en el latín, en la gramática latina.

En esa época tenían para sí el estado incipiente del mundo brasiler, el deslumbramiento de la vida intelectual europea, una organización económico-social que permitía tal alejamiento de nuestras cosas, la inexistencia de una sociología aplicada a la sociedad, el desconocimiento integral de los medios naturales y de sus posibilidades, la escasez de elementos ponderables de la masa popular. Hasta el comienzo del siglo la mentalidad dominante en nuestros ambientes ricos era la deserción del país. "El ideal del brasiler, denunciaba continuamente A. de Siqueira, era vivir lejos del Brasil y a costa de él." De aquí, en consecuencia, la multitud de familias ricas, señoras de tierras fértiles y extensas, despojadas de sus propiedades, en busca, por ciudades y capitales, de empleos públicos o quehaceres parásitos. El adagio "padre, señor de ingenio ⁷ o hacendado, hijo doctor y nieto pobre", expresaba con nitidez la realidad. Y no es otra la causa de la inferioridad económica brasiler y suramericana. ⁸

7 N. del A. Ingenio: establecimiento agrícola destinado al cultivo de la caña y de la fabricación del azúcar.

8 Véase: Encina (Francisco). Nuestra inferioridad económica. Santiago de Chile, 1912.

El desprecio por el medio en que nacieron y vivieron sus antepasados, la fascinación por un saber académico generalmente superficial e inadecuado a nuestras necesidades, la pasión por la vida en Europa, entregaron en manos advenedizas nuestras industrias y buena parte de nuestras tierras, las mejores fuentes de nuestra riqueza. No tiene otro origen nuestro rencor por otra preparación que no sea la intelectual o intelectualista; por la incongruencia de nuestros sistemas de educación, con su línea claramente separadora de académicos y manuales o mecánicos; por la pobreza de nuestra técnica; por la debilidad del armazón económico de nuestro estado, cuando no de nuestra economía fluctuante y bohemia; por la defectuosa y deficiente formación de nuestra juventud; por la ignorancia de nuestros problemas; por nuestro exagerado urbanismo, y por el desprecio de nuestros medios rurales. Si la *élite* que estudiaba no se atenia sino a una instrucción académica en la cual dominaba el latín, sin darnos así latinistas o estilistas notables, no era de extrañar el fenómeno. Aún hoy, la insistencia en el predominio de tal materia como objetivo central de la educación de la juventud, parece, por lo menos, anacrónica.

La política educacional que nos conviene

Cada área de cultura debe poseer su orientación educativa, sus ciclos, sus programas basados en la realidad ambiente, en la filosofía de la vida del grupo respectivo. Y si educación es, *lato sensu*, un conjunto de modificaciones provocadas en el individuo tratando de ajustarlo a la comunidad humana a través de su grupo, no es probable emprenderla sin el reconocimiento de determinantes culturales de los diferentes medios. Esa orientación nada tiene de limitadora. La movilidad creciente de los *socii*, ya horizontal, para otros lugares, ya vertical, para otras profesiones, otras culturas, en nada se compromete. Como no se compromete su ajustamiento a los ámbitos más amplios de la nación y de la sociedad internacional.

Es por la vinculación de las comunidades regionales, unas a las otras, que se constituye la comunidad nacional, y por el ajustamiento de éstas, la sociedad internacional. La armonía, el ajustamiento de los individuos a los grupos más estrictos, es la mayor garantía de la integración y del equilibrio en los grupos más grandes de la nación y del mundo.

Hasta que desaparezca el concepto de nacionalismo, exclusivista, separador, fuente de conflictos, que se eduque al individuo para su medio y cuya finalidad sea representar su papel constructivo dentro de sus recur-

sos y posibilidades en el sentido del progreso nacional y del bienestar humano, esa educación regionalista, ojos vueltos hacia las áreas de cultura, sólo podrá ser constructiva.

El espíritu regional como el internacional, el regionalismo como el internacionalismo, tienen su lugar y su objetivo en la formación del hombre del mañana. El olvido del primero acarrearía la pérdida de los valores inherentes a las peculiaridades locales, el empobrecimiento de todo; el combate al segundo traería la supervivencia de los exclusivismos, de las barreras, de las ilusiones peligrosas y lamentables de superioridad, los conflictos y las guerras.

O el hombre limita su preocupación regionalista al señalamiento, al aprovechamiento, al desenvolvimiento de características especiales, de elementos propios y exclusivos a las localidades, tendiendo al progreso del ambiente en que vive, ofreciendo nueva contribución a la vida nacional e internacional, o se arriesga a encerrarse en un círculo estrecho e irrespirable en la comunión mundial, día a día más avasallador. O el hombre transforma las rivalidades regionales, los nacionalismos torcidos y vacíos en un espíritu de cooperación, de entendimiento, de buena voluntad para la ventura de todos o no habrá lugar para la civilización.

A partir de 1929 las naciones fueron asaltadas por el pánico de una economía suicida, encerrada puertas adentro, una forma de locura nativa aterradora. Cada uno procuraba comprar el mínimo y vender el máximo, vender el producto común en sus tierras y fabricar los productos hasta entonces buscados y traídos de otros países, aspirando a construirse autarquías en todas las esferas de la vida social.

El resultado no podría ser otro: la ruina de los productos de ciertos Estados que así perdían no sólo la posibilidad de sustentar millones de criaturas ocupadas en su cultivo, sino también su poder de compra en el extranjero, creando el malestar económico social por todas partes.

Al lado del problema económico, o estimulado por él, aparecen luego los regímenes de violencia, las místicas racistas, el desplante, la propaganda del primado de la fuerza, la locura colectiva, la lucha, la destrucción.

No será posible nada estable en tanto los pueblos no comprendan que no será nunca el empobrecimiento de los unos de lo que los otros obtendrán provecho, sino del enriquecimiento o por lo menos de la satisfacción de todos. Ahí está la historia para convencernos de que el progreso de la civilización y de la cultura no tiene fronteras; al contrario, desde el hombre de las cavernas, aquél resulta de la caravana inmensa e ininterrumpida,

hija de todas las sangres, de todas las regiones, de todos los credos y de todas las épocas ¡Cómo encerrarnos a la comunicación con los otros pueblos, cómo abjurar de los beneficios que, a través del espacio y del tiempo, nos trajeron los hombres de todos los orígenes, y, no es raro, al precio de sufrimientos inauditos!

El regionalismo y el nacionalismo sólo se comprenden y se justifican como factores de cooperación y de progreso para la obra magnífica que el hombre va construyendo en la tierra.

Sólo la educación, la redirección de las generaciones que surjan, podrán darnos tamaña mentalidad, sólo ella podrá salvar la civilización y la cultura.

Sólo una política de entendimiento entre los individuos y entre los pueblos, conseguirá triunfar.

Sólo la libre expresión del pensamiento, la libre crítica y la libertad de creer y de actuar, limitadas sólo por el respeto a los derechos ajenos, garantizarán la atmósfera internacional indispensable al bienestar y a la armonía entre los hombres.

Sólo en esta directriz será posible comprender y construir la educación para un mundo democrático.